

Dedico este libro a mis tres hijos: Friedrich, Katharina y Helmut (en orden cronológico) con todo mi amor

El corazón de la doncella

Camila Winter

CAPÍTULO PRIMERO –

Ciudad de Paris - Navidad del año de nuestro Señor 1252

Era Navidad, la fiesta más esperada del año y los ciudadanos de Paris se preparaban para reunirse con sus familias y amigos, aunque antes debían asistir a la misa matinal. Todos estaban alegres y confiados, aunque no hacían más que tiritar pues el frío era tan intenso que todos temían que en pocos días comenzara a nevar.

La joven Agnes Boudelle acudió a misa a media mañana; como era habitual, escoltada por cuatro robustos sirvientes. Era una de las jóvenes más bellas de la ciudad, hija de uno de los orfebres más honestos y prósperos.

Sin embargo, ese día el frío intenso la obligaba a cubrir su belleza por completo: el capirote de su capa de fino paño ocultaba la espesa y dorada cabellera y sus ojos color zafiro, inmensos y de mirar cándido, iban clavados en el suelo en actitud piadosa y modesta, mientras su mano sostenía una cruz y murmuraba una oración en silencio.

—Daos prisa por favor —dijo Agnes mirando a sus sirvientes. Debían llegar a misa antes de que se congelaran por el frío. Era navidad y había prometido a sus padres regresar temprano.

Los sirvientes, cubiertos con sus capas de paños, de facciones toscas y armados con dagas, apuraron el paso y la joven se atrevió a mirar a su alrededor como si buscara a alguien. Sus ojos se detuvieron con disgusto en cierto joven osado cuya estampa la inquietaba de sobremanera.

—Es él, otra vez —murmuró para sí y sus borceguíes de cuero se movieron rápidos en la calle de piedra.

Miradas lascivas la veían pasar, ojos que no pensaban en nada sublime ni santo, y que recorrían su figura en busca de ese pecho lleno y generoso y la esbelta cintura, pero sus encantos estaban prudentemente cubiertos con un sobre veste y una larga capa de paño.

Un par de ojos castaños que no se apartaron de la bella de Paris, que así la llamaban en la ciudad, decidió arriesgarse y no solo la siguió con la mirada (llena de creciente deseo) sino que el dueño de esos ojos; que no era otro que Philippe Guillaume hijo de un rico mercader, dio unos pasos y la siguió. Sus ojos tenían un brillo y en sus labios había un gesto de lascivia. Deseaba y amaba a Agnes con igual intensidad, pero entonces no se había detenido a especular sobre el asunto. Pero era verla que no podía evitar seguirla, e intentar algo. Creí que al final ella cedería a sus deseos, aunque todos dijeran que era virtuosa, él se proponía tentarla.

Hacía tiempo que el hijo del rico mercader perseguía a la casta joven, pero esta le ignoraba cuando no le miraba con frialdad o furia. Dicha actitud solo encendía aún más su deseo, que a esa altura era insaciable.

—Oh, feliz navidad tengáis hermosa Agnes — le saludó a su paso.

Agnes le miró sobresaltada, conocía bien a ese pícaro, era el hijo del rico mercader Guillaume, alto, delgado y con ese espeso y brillante cabello castaño cubriéndole el cuello por completo, la mirada oscura tenía malicia y algo más que la joven no llegaba a comprender todavía. Era guapo, o eso decía su amiga Matilde, pero a ella no le agradaba

—Buenos días tengáis, Philippe —se vio obligada a decirle y cuando quiso avanzar le tuvo enfrente, vestido con su rica capa de armiño, y aquella gruesa medalla de oro que todos los miembros de su familia ostentaban con arrogancia.

—¡Apártese Señor! —le dijo uno de sus criados más robustos mientras los otros parecían buscar la daga en su calza.

Pero Philippe no estaba solo, tres amigos de mala vida le acompañaban, esos estudiantes nada aplicados, desalineados y beodos llamados “goliardos”.

—Solo quería conversar con la damisela unas palabras —dijo mientras sus amigos se acercaban despacio.

Agnes intervino haciendo un gesto a sus criados de que conservaran la calma.

—No puedo hablar con vos Philippe Guillaume, tengo prisa.

Sus ojos castaños no se apartaron de los suyos, parecían capaces de embrujarla pero finalmente se rindió y haciendo una larga reverencia la dejó pasar mientras sus amigos palurdos murmuraban algo inaudible. El hijo del mercader la vio partir, alejarse como una visión luminosa y dejó escapar un suspiro. No era el único enamorado de la joven, pero sí el más constante.

—Amigo cofrade, escribiré una canción sobre la bella Agnes Boudelle —le dijo Jean, uno de sus amigos llamando su atención. Era un joven muy alto, levemente encorvado y vestía siempre una larga capa de penitente, aunque no era más que un estudiante desertor de Pádua. Sus ojos amarillos también se deleitaban contemplando a la bella de Paris, enfureciendo a Philippe quien le dio un puntapié y un empujón.

—No os atreváis. Ya os dije que será mía antes de que llegue Pascuas —le advirtió...

—Pero no será vuestra si antes no pedís su mano, amigo cofrade. ¿Y sacrificaréis vuestra soltería a causa de la bella de Paris? —intervino Raoul el cojo. Otra indeseable criatura miembro de la cofradía de jarana: curas errantes, estudiantes desertores y otros personajes formaban parte de la misma. Raoul había estudiado medicina en Salerno, pero luego de una refriega había quedado tuerto regresando a Paris para pasar sus días ayudando a su padre en el taller de herrería.

Philippe Guillaume era tal vez el miembro más afortunado, pues era hijo de un rico mercader, era el líder de la cofradía de la santa jarana.

—Me casaré con la bella Agnes, y vos oficiaréis la ceremonia hermano Paul — exclamó dirigiéndose al cura errante. Este le hizo un guiño y bebió de la bota que llevaba en su capa.

—Hace mucho frío aquí, me iré a la taberna —dijo Raoul refregando sus manos.

Philippe buscó a la bella con la mirada, pero esta se había perdido entre la multitud o tal vez ya había entrado en la Iglesia pues era muy devota. Suspiró y se reunió con sus amigos de jarana. Ese día harían una fiesta especial, era navidad...

Muy pronto Agnes Boudelle se alejó lo suficiente de tan ingrata compañía y entonces pudo frenar el paso. Estaba frente a la Iglesia de Saint Germain de l'auxerrois, un edificio regio donde había muchos fieles apilados en la entrada y no faltaban los

vendedores de reliquias, los buhoneros y algunos bandidos esperando la ocasión de robarse alguna bolsa.

Y había un hombre vestido como un monje, con el rostro tonsurado y la mirada astuta y brillante proclamando sus reliquias.

—Escuchad buenas gentes de Paris, traigo aquí un trozo del hábito de Santa Úrsula y un resto del fémur de San Agustín —anunció el vendedor de indulgencias. Sus ojos cafés observaban atentos el movimiento del gentío. Debía atrapar su interés, y algunas monedas de sus togas, era navidad, todos estaban alegres y generosos. Y él debía viajar a Tolosa y atravesar ciudades menos importantes, pero en Paris estaba la gran oportunidad. Con un rey tan piadoso todo lo sagrado tenía un valor especial, aunque su mercancía fuera falsa ¿qué importaba? Ellos creerían lo contrario.

Agnes se detuvo a escuchar al vendedor de reliquias, y se hallaba ensimismada escuchando al pícaro cuando uno de sus criados le advirtió, le dijo algo.

Todo ocurrió demasiado rápido, gritó, pidió ayuda pero todos estaban distraídos esa mañana de navidad. Excepto los mendigos, uno de ellos vio lo que ocurría y gritó pero nadie le prestó atención.

*

*

*

A media mañana, en la villa de tres plantas del caballo blanco, hogar de los orfebres Boudelle un criado fue a buscar a la joven Agnes a la Iglesia pero no la encontró por ningún lado. Hizo preguntas y aunque la habían visto, la nave estaba llena de gente pero ninguno supo decirle si la joven dama estaba aún en la Iglesia.

Con el correr de las horas, se supo que la joven había desaparecido.

—No puede ser, tal vez fue a casa de su amiga Matilde —dijo su madre mirando nerviosa hacia la calle, esperando que su hija llegara de un momento a otro.

Madeleine Boudelle era una dama alta, delgada y llevaba siempre una toca negra cubriendo el cabello color ceniza. Sus ojos azules tenían un tono desvaído, como si le faltara vitalidad.

Pero Agnes, la bella de Paris, no estaba en casa de su amiga ni de ningún pariente. Y lo más extraño era que los criados que la acompañaban también habían desaparecido.

Al mediodía, cuando todo estaba listo para el almuerzo Madeleine Boudelle abandonó la mesa y le pidió a Anne la beguina que la acompañara a buscarla. Ya no tenía apetito, tuvo una especie de mal augurio al notar la ausencia de su hija a media mañana, pues aunque en ocasiones se demoraba en el mercado, ese día su madre le había pedido que no lo hiciera por dos razones: hacía mucho frío y era navidad.

—La encontraremos en el mercado, madame —dijo Anne la beguina para reconfortar a su señora que estaba muy nerviosa.

De estatura media, gruesa y rolliza, de cabello castaño y ojos oblicuos en un rostro redondo y bondadoso, hacía años que Anne Margarite la beguina estaba a su servicio y era su fiel confidente, por eso le dijo:

—Ay mi amiga beguina, mucho temo por mi hija. Ella jamás se retrasa, solo una vez hace tiempo...

Ambas mujeres avanzaron con prisa, y eran un cuadro de contraste: la esposa del orfebre era alta y de andar rápido, mientras que la beguina era más baja y rolliza, y sus pequeños pies debían dar saltitos para alcanzar el paso de su ama mientras intentaba reconfortarla.

—Ya aparecerá, cuatro criados la acompañaban. Tal vez fue al mercado. Ya sabéis como son esos buhoneros —decía.

Pero madame Boudelle no se sentía tan optimista, estaba nerviosa y su corazón empezaba a llenarse de malos presagios, algo oprimía su pecho, como si mucho antes que todos ella supiera lo que había ocurrido.

Al llegar a la Iglesia de Saint Germain encontraron una muchedumbre de fieles dispersos, conversando e intercambiando saludos. El padre Simon; su confesor, la saludó brevemente y Madeleine le preguntó si había visto a su hija.

— ¿Agnes? Pero vuestra hija no vino a misa hoy.

Esas palabras hicieron que la dama se llevara la mano al pecho.

—Pero ella salió de casa esta mañana con cuatro criados para asistir a misa —dijo Madeleine mientras palidecía.

Tal vez el padre no la había visto entre tantos fieles, o se había confundido, era un hombre de edad avanzada pensó luego para no desfallecer y recorrió la bóveda en busca de su querida hija pero la nave central estaba casi vacía. Todos deseaban marcharse e ir a la lumbre del fuego del hogar, comer cordero estofado preparado con clavo, canela y jengibre. Pues era navidad.

Abandonaron la Iglesia, Madeleine Boudelle seguida de la beguina pisándole los talones.

—Señora Boudelle, por favor, espere...No puedo seguirla.

No podía, Madeleine estaba nerviosa y caminaba con más prisa de la habitual, asustada pensando que algo muy malo le había ocurrido a su hija.

Llegaron al mercado en el momento en que la Iglesia tocaba las campanadas anunciando la hora sexta. Era el momento en que el sol lograba entibiar un poco, aunque el viento seguía siendo helado, implacable. Allí encontraron menos gente que en la iglesia pero pudieron ver a Marie la esposa del peletero y a otros honrados cristianos que hacían sus compras con sus sirvientes para esa noche.

Interrogados uno a uno, ninguno había visto a la hija de maese Boudelle.

—¡Qué frío hace! —se quejó la beguina frotando sus manos que empezaban a congelarse. —Vamos Señora, aquí no hay nadie. Tal vez cambió de idea y fue a visitar a su amiga Matilde.

Esa nueva posibilidad le dio esperanzas a Madeleine.

Matilde era una amiga de infancia de su hija, vivía en una villa de dos plantas a tres cuadras de allí, junto a sus padres.

— ¡Feliz navidad, oh, qué sorpresa Madeleine!

Pero ella no hacía una visita de mera cortesía, estaba buscando a su hija y cuando estos se enteraron de que había desaparecido se persignaron musitando una plegaria.

—OH, pero Agnes no está aquí señora Boudelle —le dijeron.

Miró a la joven, pero esta parecía tan sorprendida como sus padres.

— ¡Qué extraño!—murmuró.

Cansadas y cabizbajas amabas mujeres regresaron a la villa del caballo blanco.

—Ánimo madame, tal vez Agnes ya esté en caso —dijo la beguina.

Pero la joven hija del orfebre estaba desaparecida y a medida que pasaban las horas los pensamientos tristes y macabros inundaban sus mentes sin compasión. Agnes no había regresado, Agnes no estaba por ningún lado y a media tarde avisaron al alguacil.

El alguacil, André Fabourg, un hombre de unos cincuenta años y un rostro ancho severo; como podría serlo un abad, recibió a su amigo el orfebre creyendo que venía a saludarle por la navidad. Eran viejos amigos y le notó preocupado.

El orfebre Adrien Boudelle, corpulento, calvo, y de ojos muy oscuros parecía haber envejecido diez años desde la última vez que lo vio no hacía ni dos semanas.

—¿Adrien, qué ocurre amigo?—le preguntó.

Este se sentó, respiró hondo dijo mirándole a los ojos: —Mi hija, André. Mi pequeña Agnes ha desaparecido esta mañana cuando iba a misa. Nadie la vio ni durante la liturgia ni en la plaza. Hemos buscado en el mercado, nadie sabe nada de mi hija amigo.

—Por favor sentaos Adrien, sentaos y contadme todo.

Así lo hizo, desde el principio. Su hija Agnes había ido como de costumbre a la misa de la hora prima, escoltada por cuatro robustos sirvientes. Pero jamás regresó a su casa, y tal vez tampoco fue a misa, pues el padre Simon no la había visto. Había desaparecido sin dejar rastro, al igual que los criados que la acompañaban.

—Bueno, aún es muy pronto amigo Boudelle para que penséis que le ocurrió algo malo. No debéis inquietaros tanto. Tal vez se detuvo conversando con alguna amiga o parienta.

—Mi hija no hubiera ido a ningún lado sin avisarnos, Fabourg. Vos la conocéis, es una joven sensata. Y es navidad, debía estar en casa mucho antes del almuerzo. Hemos hablado con su amiga Matilde, con los vecinos del mercado. Nadie la ha visto esta mañana. Os ruego que nos ayudéis, debéis buscarle. Todo esto es tan extraño. Y solo rezo porque nada malo le haya ocurrido.

—Lo haré amigo mío, de inmediato. Contadme todo desde el principio.

El orfebre hizo un relato de lo ocurrido con los detalles que le pidió su amigo alguacil, pero no había nada extraño en su hija esa mañana. Sin embargo al alguacil le llamó la atención que la joven fuera sin su familia a misa ese día y que insistiera tanto en ir sola cuando sus padres iban a ir en la tarde.

— ¿Y los días anteriores, acaso visteis algo distinto en vuestra hija?—El alguacil le ofreció una copa de peltre llena de fino especiado pero su amigo apenas si bebió un sorbo.

—No, no había nada extraño. ¿Por qué habría de haberlo? Amigo Fabourg, por favor, buscadla. Pudieron raptarla y amordazarla y quiera el señor que ningún daño le hagan esos bandidos, porque le mataré uno a uno si lo hacen.

—Tranquilo amigo, no debéis pensar que ha ocurrido lo peor.

—Es que son demasiadas horas y ni siquiera hemos recibido un mensaje. Ella jamás habría ido a ningún lado sin avisar.

Sí, era verdad. Agnes Boudelle era una joven piadosa y muy prudente. Y aunque era llamada la bella de Paris...

—Demasiado bonita para no dar problemas —había dicho su esposa una vez y tal vez tuviera razón. Tal vez sí tuviera algún secreto que su familia ignoraba.

Y cuando el orfebre se marchó cabizbajo, se acercó a su comadrona Señora contándole lo ocurrido.

La rechoncha dama se encontraba muy atareada preparando la cena navideña. Sus ojos castaños le miraron sorprendidos mientras sus manos pequeñas y rechonchas manipulaban un ave de corral.

—Válgame el cielo André, el día de navidad. Raptar a una joven el día de navidad. Qué poco criterio, qué poco respeto. ¿Qué ocurrió?

Pero el alguacil no le dio demasiados detalles, jamás se los contaba y solo mencionaba el asunto porque esperaba escuchar su parecer.

—Esa joven era muy apocada, no comprendo lo que ocurrió y espero que no le hagan daño. Pobrecilla.

El alguacil organizó una búsqueda hasta el anochecer, portando antorchas y candelas pero la joven no estaba en ningún lado.

Fue una navidad muy extraña, en el hogar de la familia Boudelle no hubo alegría ni festejos, solo la ansiedad y el temor por esa hija que había desaparecido esa mañana de forma tan misteriosa.